

Estimada Amber Prescott:

¡Enhorabuena! Nos complace informarle de que ha sido elegida beneficiaria de una beca del Ayuntamiento de Brewster por un importe de 20.000 \$. La felicitamos por su talento musical y sus contribuciones a la comunidad.

Para celebrar sus logros, la invitamos a una cena de gala con el alcalde Timothy Meinot y los demás beneficiarios de la beca el martes 4 de febrero a las 19:00 en el Chesterfield.

De nuevo, reciba nuestras felicitaciones. Esperamos verla en el Chesterfield.

Reciba un cordial saludo,

*Director de becas
Comité de becas
del Ayuntamiento
de Brewster*

Me pasé la última hora pensando en si moriría aquella noche.

A los diecisiete no mueres fulminada por un ataque al corazón, ¿verdad? La mera idea de la cena de esta noche me revolucionaba de tal modo el corazón que estaba convencida de que tenía los días contados.

Pero ¿qué hay de malo en una cena? Bueno, empezaré contando que a mi novio, Robbie, también lo habían invitado a esta recepción y no estaba la cosa muy fina entre los dos. Nuestros planes para después de la graduación pendían de un hilo, por decirlo suavemente, y a medida que pasaba el último curso, la tensión iba en aumento. Tampoco ayudaba que Diego, el mejor de la clase, hubiera recibido también esta invitación. Nuestra amistad había pasado a ser otra cosa... algo que me hacía enrojecer las mejillas, me estremecía los nervios y me hinchaba el corazón como una esponja mojada.

Ponernos a los tres en la misma habitación podría ser catastrófico. Si Robbie sospechara que me gusta el empollón de la clase, capaz era de darle un puñetazo allí mismo. Robbie y yo teníamos problemas más serios que este, pero sería la gota

que colmaría el vaso. Si pudiera ocultar mis emociones, aunque fuera un poquito, podría pasar la noche ilesa. Por desgracia, mentir se me da fatal, así que, inevitablemente, acabaríamos rompiendo y nos haríamos daño.

Sí. El ataque al corazón era inminente. Solo tenía que pasar la noche y todo terminaría.

Supongo.

Me puse a ver *Harry Potter* en un intento de tranquilizarme y empecé a rebuscar en el armario, pero pronto me di cuenta de que toda la ropa era horrible. Podía ir superinformal o de negro integral (a lo *funeral chic*, como a Sasha le gustaba llamarlo) y, sinceramente, cualquiera de las dos opciones era deprimente.

Después de amontonar toda la ropa en el suelo —a mi gato, Calcetines, le encantó; no tardó en acurrucarse entre las prendas—, descubrí un viejo vestido de lentejuelas color esmeralda que me había puesto hace años para un recital de piano. Me quedaba un poco corto, bastante por encima de las rodillas, pero era lo único adecuado que tenía.

—Amber, ¡estás guapísima! —me dijo mamá cuando salí de mi dormitorio en el sótano y subí tirándome del dobladillo del vestido.

—Es que tú me miras con buenos ojos.

—No seas tan dura conmigo. —Me estrujó uno de los rizos cobrizos que amenazaba con quedarse lacio. Ella llevaba una media melenita pelirroja lisa, a lo madre total—. Estás muy elegante. Aunque ese vestido podría ser un poquitín más largo...

—¿Ha venido ya Robbie? —Llegaba diez minutos tarde. Me asomé por la cristalera de la puerta principal, buscando su todoterreno negro mientras jugaba con mi pulsera de amatistas. Calcetines se me restregó y me llenó de pelos blancos los zapatos de terciopelo negro.

—No puedes salir con nadie hasta los cuarenta y siete —gritó papá desde su despacho, al final del pasillo.

—¿Es mal momento para contarte que llevamos un año saliendo? —dije. Hasta mamá puso los ojos en blanco.

Justo cuando le estaba enviando un mensaje a Robbie, los faros iluminaron la entrada. Metí el móvil en el bolso, mamá me dio una chaqueta y me besó la mejilla antes de que saliera por la puerta.

—Envíame un mensaje cuando lleguéis.

—Dios, mamá —me quejé mientras me ponía el abrigo—. Dentro de unos meses, estaré en la universidad. ¿Tendré que enviarte un mensaje cada vez que vaya a cualquier sitio?

—¡Qué buena idea, sería todo un detalle! —Le brillaban los ojos con picardía, aunque siempre tenía la mirada triste—. Te quiero.

—¡Adiós! —dije por encima del hombro mientras corría hacia el exterior húmedo, tan impropio de la época. Bajé rápidamente por el camino de entrada con el abrigo aleteando detrás de mí. Mamá no era exactamente sobreprotectora. Me dejaba hacer lo que quisiera, siempre y cuando le hiciera saber que seguía viva, a todas horas.

No podía decir que no tuviera una buena razón.

Robbie tiró su guante de béisbol en el asiento trasero.

—¿Qué pasa, nena...?

—¿Un cuarto de hora tarde, Robbie? ¿En serio? —Cerré la puerta del copiloto y me puse el cinturón con un movimiento rápido. No soy de las que empiezan las peleas, pero estaba de los nervios.

—Amber, tranquila. El entrenamiento se ha retrasado un poco. —La excusa de siempre.

Robbie se inclinó y me besó; el dulce aroma del gel de ducha y la gomina inundaron mis sentidos. Se agarró a la parte trasera de mi reposacabezas y echó marcha atrás. Mamá saludó desde la ventana de la sala de estar y las cortinas se cerraron cuando Robbie pisó el acelerador.

—Además, he tenido que pasar por casa para coger tu re-

galo. —Buscó detrás de mi asiento sin apartar los ojos de la carretera, cogió una cajita y me la lanzó al regazo.

—¿Mi... regalo? ¿Por qué?

—Ábrelo. —Sonrió y se arrugaron los rabillos de sus ojos grises al tiempo que se le marcaban los hoyuelos en las mejillas. Muerta de curiosidad, desaté la cinta roja que sujetaba la cajita blanca y dentro encontré una pulsera. Varias notas musicales plateadas pequeñas colgaban de una banda de cuentas de amatista—. Pensé que haría juego con tu otra pulsera. —Me señaló la pulsera de amatista de mi abuela que llevaba en la muñeca derecha.

Mi ira se esfumó y ahora sentía una mezcla confusa de alegría y temor.

—Pero ¿a qué se debe?

—¿Qué? ¿No puedo regalarle algo bonito a mi chica porque sí? —dijo con una gran sonrisa; esa sonrisa contagiosa que siempre me hacía sentir la estrella más brillante de su cielo. Parecía que iba en serio. Todo en Robbie era tan natural... Hablaba con el corazón en la mano y eso era bueno y malo a la vez. Nunca tenía que preguntarme cuánto me quería o lo enfadado que estaba conmigo, sobre todo estos días. Pero que el regalo fuera de temática musical era lo último que me esperaba.

Mi música ha sido un tema delicado para nosotros últimamente. Robbie quería que me fuera con él y con su beca de béisbol a la Georgia Tech, como si abandonar mis sueños de estudiar música en la USC o en Berklee no fuera un gran sacrificio. «Pero puedes tocar música donde sea», insistía una y otra vez. Hacía un par de meses tuvimos una gran pelea sobre el tema y me convenció para que echara la solicitud en la Georgia Tech. Propuso que dejáramos la discusión hasta que me dijeran si me aceptaban o no.

Al poco tiempo recibí la carta de admisión y fue entonces cuando supe que íbamos a romper.

Tal vez me hubiera enamorado de Robbie, pero llevaba ena-

morada de la música desde que tenía uso de razón. No podía dejar que me manipulara para abandonar mis sueños. A pesar de la decisión que había tomado, no sabía cómo decírselo.

Pero esto era un giro inesperado de los acontecimientos. Pasé los dedos por los colgantes en forma de notas musicales. Era todo un detalle. ¿Entendía por fin mi punto de vista? ¿Estaba dispuesto a ceder?

Como si me hubiera leído la mente, dijo:

—Sé que hace tiempo que no hablamos de la universidad y todo eso. —La universidad y todo eso. Qué bien resumía todas mis ambiciones en dos palabras. «Todo eso». Se peinó el pelo rubio con la mano—. ¿Sabes algo ya de la Georgia Tech?

Noté la tensión en los hombros.

—No, aún no. —Por suerte, la oscuridad disimulaba mis mejillas sonrojadas. Era tan blanca que mi propia sangre siempre me delataba: *mentirosa*.

—Bueno, seguro que pronto te dicen algo. Quiero estar contigo. —Dejó una mano al volante y con la otra entrelazó los dedos con los míos—. Podemos resolver esto juntos. Te quiero, Amber.

—Eh... yo también. —Ay, Dios. ¿Y ahora qué? Me besó la mano y la soltó, y yo toqueteé nerviosa el cierre de mi nueva pulsera hasta colocármela en la muñeca izquierda. Me apoyé en la ventana y vi pasar una casa colonial tras otra. El resto del trayecto fuimos en silencio hasta que empezaron a caer unos goterones de lluvia sobre el coche que me distrajeron de mis pensamientos.

—No, mierda. —Me cerré la chaqueta bajo el cinturón de seguridad. Pasarte la plancha es como ir a lavar el coche: llueve seguro. Si nos mudásemos a California, podría acabar con las sequías yo solita.

Robbie esbozó una sonrisa.

—Solo es agua.

—¿Se lo explicas tú a mi pelo? —Me aparté el flequillo.

Me miró mientras aminoraba frente al Chesterfield.

—Oye. Estás preciosa, pelo incluido.

Volví a sonrojarme.

—Gracias. —Durante un momento me olvidé de la ansiedad y busqué en la calle un hueco para aparcar. El Chesterfield era un restaurante de lujo en el sótano de un viejo almacén que se había convertido en una especie de centro comercial de alto copete. Los fines de semana, la gente del pueblo acudía a esta zona como si viviera en una ciudad vibrante y dinámica cuando, en realidad, nuestro «centro» eran unas míseras tres manzanas. Pero no nos engañemos, seguíamos siendo unos pueblerinos al norte de Nueva York.

Afortunadamente, era martes y había muchos sitios donde aparcar. Me desabroché el cinturón y salí rápidamente en cuanto Robbie aparcó. Me puse la capucha al doblar la esquina y fui con cuidado de no pisar ningún charco. En la acera solo había un par de mujeres de mediana edad que echaron a correr hacia un coche con sendos paraguas negros. Bajé a toda prisa los escalones de la entrada principal del Chesterfield sin esperar a que Robbie me alcanzara.

Se ve que solo tiene prisa para llegar a la base.

Me sacudí el agua de la chaqueta frente al atril de entrada. Dentro, los reservados de terciopelo carmesí se alineaban a cada lado de la sala bajo una luz tenue y había una barra que se extendía a lo largo de la pared contraria. Una pirámide de botellas de vino y licores se alzaba detrás de la barra y la luz que se filtraba entre ellas creaba un efecto de resplandor. La música clásica salía de los altavoces repartidos por el techo, sobre las mesas.

Mesas vacías.

La sala estaba desierta.

—¿Seguro que el evento este era en el Chesterfield? —preguntó Robbie a mi espalda.

—Sí. Mira. —Señalé un cartel pegado al atril: «Evento de la

Beca del Ayuntamiento de Brewster en la sala Winona». Una flecha apuntaba a la derecha—. Por aquí.

—¿Dónde narices están todos? —Se me aceleró el corazón cuando me adentré en el restaurante—. Puede que en la sala Winona, que es donde se celebra esto.

—No, me refiero a todos los demás...

—Venga, vamos. —«Y terminemos con esto». Le agarré la mano a Robbie y lo llevé por el comedor vacío. Oímos una risa gutural familiar al otro lado de una puerta abierta que había junto a la barra.

Entré y descubrí una salita más pequeña pero igual de elegante presidida por una larga mesa de caoba sobre una alfombra oriental de color rojo con motivos intrincados. El suelo era de un parqué negro muy reluciente. Como la mayor parte de la sala era subterránea, solo había dos ventanas pequeñas junto al techo. A lo largo de las paredes había aparadores de caoba que hacían juego con el marco de las ventanas y el de la puerta. A la izquierda, dos armarios con batientes de cristal llenos de vasos y figuritas custodiaban una chimenea de ladrillos rojos y se reflejaban en un espejo gigante de latón colgado en la pared de enfrente. Había varias velas falsas encendidas en un candelabro, también de latón, en el centro del techo. La salita era de estilo medieval... y daba sensación de claustrofobia.

Sasha Harris y Diego Martin ya estaban sentados a la mesa y se reían de alguna broma que seguro que no tenía nada que ver con la necesidad constante de ella de ser mejor que él. Robbie carraspeó y Sasha se quedó a media carcajada, mirándonos desde el respaldo de su silla. Al verme, se le iluminaron los ojos.

—¡Hola, señorita! —Se dio la vuelta en la silla y me acercó la mejilla mientras lanzaba un beso al aire—. Gracias a Dios que vosotros también habéis ganado esto; si no, esta noche sería un aburrimiento —dijo en voz baja.

Sasha era todo lo que las demás querían ser: capitana de las

animadoras, presidenta del club de teatro, delegada de clase y la alumna más brillante. Descansar no estaba precisamente en su vocabulario, vaya, y en un giro inesperado del destino, también era mi mejor amiga en ese momento. Llevaba un vestido rojo sin tirantes que se le ajustaba al cuerpo como un guante y la brillante melena castaña le caía en unas ondas sueltas sobre los hombros desnudos; ni un solo mechón estaba fuera de su sitio.

—Aun así, conocer al alcalde mola bastante —dije—. ¿Ya ha llegado?

Abrazó a Robbie y cuando se separó dijo:

—No, todavía no. Pero ya te digo yo que no mola. Porque, a ver, ¿quién sueña con ser alcalde de Podunk de pequeño?

Me quité la chaqueta húmeda, la colgué en el perchero ornamentado junto a la puerta y me atusé el flequillo. Los rizos que me había hecho en el pelo ya habían desaparecido. Dichosa lluvia.

—Uf. Esto es un horno.

—Ya te digo. —Sasha movió la mano para abanicarse—. Vamos, te han puesto a mi lado. —Señaló el asiento más cercano a la puerta. Ocho sillas de respaldo alto rodeaban la mesa, tres a cada lado y una en cada extremo. En mi plato con el borde dorado no había nada salvo una tarjeta que rezaba *Srta. Prescott*. En la suya ponía *Srta. Harris*. Qué elegante. Retiré mi silla de respaldo alto y, al mirar la mesa, Diego y yo nos miramos a los ojos.

Ay, allá vamos.

Unos mechones de pelo negro le caían sobre la frente y, mientras sostenía mi mirada con sus intensos ojos cobrizos, una sonrisa se asomó a sus labios.

—Hola, Amber. —Me vino inmediatamente el recuerdo de hace unas semanas, cuando tuve esos ojos a escasos centímetros de los míos. Seamos sinceros: se podría freír un huevo en mi cara.

—Hola —dije casi en un susurro. Dejé el bolso en el suelo y me senté, maldiciéndome en silencio por no saber disimular. A fin de cuentas, no había pasado nada entre nosotros. Casi pasó hace unas semanas, pero un «casi» no cuenta.

—Felicidades —dijo—. A ver si lo adivino... ¿has ganado por tu talento musical?

Solté una risa nerviosa, toqueteando las notas musicales de mi pulsera nueva.

—Sí. Me habrá nominado el señor Torrente. A ver, llevo asistiendo a su clase de orquesta casi cuatro años.

Ay, Dios. Como Robbie se enterase de la tensión entre Diego y yo, esta noche sería una pesadilla. Fingí tos y me cubrí la boca, tratando de esconder las mejillas rojas. Por suerte, Robbie, que estaba junto al perchero, no se percató de nada porque estaba absorto en el móvil sacudiendo la cabeza.

—¿Te puedes creer que le han dado una beca a Diego? —susurró Sasha cuando Diego sacó su teléfono—. Aunque veinte mil dólares deben de ser calderilla para él.

Como si no le bastara con ser tan inteligente, Diego era muy popular en el instituto. Había inventado una esponja extraña que cambiaba de color cuando se mojaba y salió en el programa *Puja o quiebra* —un *reality* donde los inventores buscan recaudar fondos de empresarios millonarios— el verano antes de primer curso. Después de recibir ofertas de todos los inversores y firmar un contrato, su padre y él vendieron millones de *Sponge-Clowns*.

—Bueno, puede que sea el mejor alumno de todos —le susurré.

Sasha inclinó la cabeza y sonrió, aunque le vi fuego en los ojos.

—No mientras yo esté presente.

—Aquí no hay cobertura. —Robbie se sentó a mi lado y se desabrochó el botón superior de la camisa de cuadros—. ¿Soy solo yo o aquí hace como cuarenta grados?

Cogí mi vaso de agua y le di un sorbo.

—Sí, hace calor.

—Buf —se quejó Sasha y yo seguí su mirada por encima del hombro.

Priya Gupta entró, recorrió la sala e hizo una mueca. Me quedo muy corta si digo que Priya había sido mi mejor amiga. Más bien había sido como una hermana para mí. Pero ahora evitaba mi mirada y agachó la cabeza mientras colgaba su chaqueta y se bajaba las mangas anchas de su vestido blanco vaporoso. Cuando Robbie la saludó, ella se limitó a refunfuñar. Se me cayó el alma a los pies, pero permanecí en silencio mientras Priya se sentaba al lado de Diego. Se saludaron en voz baja y ella se puso a mirarse las uñas.

—Hola, Priya —dijo Sasha con voz cantarina.

Priya apretó la mandíbula.

—Hola. —Le sonreí, pero ni siquiera me miró. Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Volvería a hablarme alguna vez? ¿No sabía cuánto la echaba de menos?

—¡Felicidades! No tenía idea de que te habían dado una beca —dijo Sasha. Priya no era la mejor alumna, pero sus notas eran ejemplares.

Priya frunció el ceño.

—Ah, pero ¿te importa quién más la haya ganado?

A Sasha le flaqueó la sonrisa.

—¿Qué quieres decir con...? —Le di un codazo a Sasha.

—Déjalo. —Me miró enfurruñada—. Será mejor no discutir delante de la gente de las becas.

Sasha asintió y Priya chasqueó la lengua y volvió a mirarse las uñas.

Diego y yo volvimos a mirarnos y me derretí por dentro. Entonces, Robbie me cogió la mano por debajo de la mesa y pegué un brinco. Él se rio.

—No quería asustarte. —Tenía la mano fría a pesar del calor que hacía en el comedor y me besó en la mejilla mien-

tras Diego nos miraba. Ay, Dios. ¿Cómo iba a sobrevivir a esta noche?

—Me muero de hambre —dijo Priya, rebuscando en su bolso—. Buf, se me ha olvidado traerme una barrita de cereales.

Diego recogió su mochila del suelo.

—Tengo una barrita de chocolate aquí. ¿La quieres?

Ella la rechazó con un ademán.

—No, da igual. Pero gracias de todos modos. —Y mientras miraba la recargada cubertería de plata que adornaba la mesa, Scott Coleman, porrero profesional, entró en la sala. Llevaba su vestimenta habitual: chaqueta de cuero negro, camiseta negra, vaqueros rotos y gorro negro.

Sasha se quedó boquiabierta.

—¿Qué haces tú aquí?

—Pues creo que lo mismo que vosotros —dijo Scott. Sonrió a Priya, que le devolvió una tímida sonrisa.

—Ni de coña, tío. —Robbie arrugó la nariz. Scott apestaba a humo de tabaco—. ¿Te han dado una beca?

Scott tiró del cuello de la chupa.

—Se ve que sí.

—Y una mierda —dijo Robbie y Sasha chasqueó la lengua. Vaya. Al parecer nadie se iba a llevar bien esta noche.

—Chicos. Sed amables —dije, intentando calmar los ánimos—. Tal vez sea un genio encubierto.

Scott me guiñó un ojo.

—¿Qué tal, pelirrojilla?

—¡De maravilla! —Así nos saludamos desde que jugábamos juntos cuando éramos niños, antes de que nos diéramos cuenta de lo poco que teníamos en común.

Asintió con la cabeza mientras se sacaba una carta doblada del bolsillo.

—Recibí esta carta. Ponía que viniera aquí, así que aquí estoy.

—Pero ¿cómo te la han dado? —preguntó Sasha, sonrien-

do dulcemente—. ¿Tienes algún talento secreto que nos hayas estado ocultando?

—No. —Scott se encogió de hombros y se paseó por la sala—. Pero ¿a quién narices le importa?

Se dejó caer en el asiento vacío junto a Priya y desenvolvió un chicle.

—Veinte mil son veinte mil. Además, no tenía planes para esta noche y me pirra la comida gratis, así que ni dudar del peluquín.

Sasha hizo una mueca.

—Esa expresión no es así...

La enorme puerta de roble se cerró de golpe detrás de mí con tal fuerza que resonó en mi pecho y temblaron hasta las copas en los armarios de la vajilla. Todo el mundo se asustó y se oyeron gritos de asombro.

—¿Hay un túnel de viento o qué? —Eché la silla hacia atrás y me levanté para abrir la puerta mientras el trueno retumbaba fuera.

—Ah, claro. —Robbie relajó los hombros—. Es la tormenta.

Mientras pasaba por delante de Sasha, esta se echó el pelo hacia atrás y se centró en Scott otra vez.

—De todas formas, no reparten veinte mil dólares así como así. —Apoyó el codo en el reposabrazos y la barbilla sobre un puño, como si el mero hecho de que Scott ganara algo fuera totalmente fascinante—. Por ejemplo, Robbie es un jugador de béisbol fantástico, Amber es un prodigio de la música y yo soy la presidenta del club de teatro. Tiene que haber alguna razón por la que estés aquí.

—¿Tú crees? —Hacía ruido con los labios al mascar el chicle—. Bueno, pues yo soy el presidente del club «Me importa todo una mierda». Tal vez eso cuente para algo.

—Esto... ¿Chicos? —Agarrada al pomo de la puerta, lo giré, pero la puerta no se movió ni un ápice—. Creo que se ha atascado.

—¿En serio? —Priya me miró con desprecio, como si estar atrapadas en la misma sala fuera la definición misma de «infierno».

—¡Qué floja eres! —se pavoneó Robbie, que me dio un empujoncito juguetón.

—No es verdad —murmuré, volviendo a mi asiento. Saqué el móvil del bolso. No había cobertura.

Mientras Robbie forcejeaba con la puerta, repasé la mesa. Diego era el único que no miraba el móvil. Estaba observando fijamente una de las ventanas mientras los rayos iluminaban el callejón de afuera. Robbie maldijo e intentó forzar el pomo de la puerta por última vez.

—Mierda. Es verdad, está atascada.

Puse los ojos en blanco.

—Ya lo decía yo.

—Mierda. —Sasha movió el móvil por encima de la cabeza—. No tengo cobertura.

—Yo tampoco —dije.

—No tengo ni una sola raya desde que llegamos aquí. —Robbie sacó su teléfono y lo agitó, como si eso sirviera para algo.

—Lo mismo digo —dijo Priya.

—Bueno, el alcalde tendrá que venir en algún momento, ¿no? —preguntó Diego.

—Sí. —Asentí con la cabeza—. Seguro que puede abrirnos o conseguir ayuda o lo que sea.

—¿No debería estar aquí ya? —Sasha consultó su reloj.

—Puede que llegue tarde por lo que sea —dijo Diego.

Sasha miró a Robbie, que le dio un puñetazo a la cerradura y sacudió el pomo de la puerta de nuevo.

—Pero ¿y si al final no puede venir? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Y si ha intentado llamarnos para avisarnos, pero no ha podido? ¿Y si no viene nadie...?

—Sasha, tranquila —le dije. Diego recorrió la mesa con la mirada y el ceño fruncido.

—Si no pudiera venir —dijo Scott— mandarían a alguien de su oficina para decírnoslo, ¿verdad?

—Qué raro —dijo Diego—. La mesa está puesta para seis.

Priya señaló cada sitio mientras contaba en silencio. Diego llevaba razón: había ocho sillas, pero las que estaban en los extremos no tenían cubiertos puestos.

—Sí, ¿y? —dijo Scott.

Diego y yo intercambiamos una mirada.

—Esto es muy raro —dije—. Si el alcalde viene a cenar con nosotros, ¿por qué la mesa está puesta solo para seis?

—¿Estás diciendo que nadie va a venir a sacarnos de aquí? —dijo Sasha en un tono muy agudo.

—Alguien tiene que haber aquí para servir la comida y esas cosas —dijo Scott—. ¿Algún camarero o algo así?

—Parece que ya la han dejado servida. —Diego hizo un gesto señalando las bandejas cubiertas que había sobre la mesa—. Pero ¿por qué servirían la cena antes de que llegáramos?

Scott levantó la tapa de la bandeja que tenía más cerca y debajo de ella había un pollo asado entero y verduras al vapor.

—¿Soy yo o esto es un poco raro?

—Por una vez, no eres solo tú —murmuró Robbie, destapando una bandeja con ensalada.

—Bueno... —Priya se relamió, mirando un plato de boniatos asados—. Pues ya puestos, comamos, ¿no?

—Pues sí... —Me mordí el labio.

Robbie tiró la tapa al suelo detrás de él.

—Pues vale. Que empiece la fiesta, ¿no? —Destapó otra bandeja con pollo—. ¿Habrá alcohol aquí?

—Sí, pero todo está en la barra de ahí fuera —dijo Sasha, destapando una bandeja de huevos rellenos—. Qué asco. ¿Cuánto tiempo llevará esto aquí?

Me levanté y quité la tapa de la bandeja más grande que había en el centro de la mesa.

Sasha y Priya gritaron y casi se me cayó la tapa. El corazón se me encogió y todos se quedaron boquiabiertos con lo que había en la bandeja.

Una jeringuilla.

Un sobre.

Y algo que se parecía mucho a una bomba.

—Pero ¿qué cojones...? —dijo Robbie. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral mientras miraba la jeringuilla. Estaba llena de un líquido beis pálido; la aguja estaba destapada y brillaba bajo la luz de la lámpara de araña que había sobre ella.

—¿Qué narices es esa... esa cosa? —lloriqueó Sasha.

Había un par de botes de plástico atados del tamaño de cartones de leche a media docena de cilindros marrones conectados a un pequeño reloj digital y una pila de baterías. Cada bote estaba medio lleno de una especie de líquido amarillo. La cara del reloj apuntaba al techo y los números rojos comenzaron una cuenta regresiva. Cincuenta y nueve cuarenta y cinco. Cincuenta y nueve cuarenta y cuatro. Cincuenta y nueve cuarenta y tres. Cincuenta y nueve cuarenta y dos.

—Parece una bomba —dijo Robbie, apretando la mandíbula.

—He puesto en marcha el temporizador... —dije en voz alta, agarrando la tapa con ambas manos—. Cuando he levantado la tapa, se ha puesto en marcha.

—Esto no puede ser real —dijo Priya—. ¿No?

—¿Y qué pasa con la jeringuilla? —preguntó Sasha.

—Está etiquetada. —Diego se inclinó para leer—: Toxina botulínica... Mierda. —Se puso pálido.

—Buto... ¿qué? ¿Qué es eso? —preguntó Priya, agarrándole el brazo tan fuerte que se le pusieron blancos los nudillos.

Diego siguió leyendo.

—Pone: «Advertencia: evite el contacto con la piel. Una sola gota puede ser fatal. La inyección completa provoca la muerte inmediata».

Todos nos miramos desconcertados.

—¿Qué hay en el sobre? —preguntó Robbie. Nadie se movió. Cincuenta y nueve treinta. Cincuenta y nueve veintinueve.

Puse la tapa debajo de la mesa y cogí el sobre de la bandeja, abrí la solapa y saqué una hoja de papel. Desplegándola, carraspeé y leí en voz alta:

—Bienvenidos a la cena y, de nuevo, felicidades por haber sido seleccionados. Ahora vosotros debéis ocuparos de la selección. Dentro de una hora, debéis elegir quién de esta habitación morirá. Si no lo hacéis, moriréis todos.

